

Imagen y presencia de México en el mundo

César Villanueva Rivas

La discusión sobre la imagen de México en el mundo debe ser un tema de gran relevancia para los miembros del Servicio Exterior Mexicano y para los académicos interesados en las relaciones internacionales. La importancia creciente de la imagen nación está justificada y en muchos ministerios de asuntos exteriores la tendencia es prestarle la debida atención, en parte porque los Estados son ahora más conscientes de su proyección simbólica al exterior y, también, porque reconocen su importancia en el campo económico y de poder suave frente a otras naciones. En este sentido, la famosa frase de Marshall McLuhan, “Una imagen dice más que mil palabras”, no es, necesariamente, correcta, porque la imagen nación, de manera predominante discursiva, se articula con las identidades nacionales, los contextos culturales y la dinámica de las interacciones estatales. Lo sorprendente en este tema es la vigencia de los estereotipos nacionales y su capacidad de sintetizar la complejidad de los Estados en un gesto icónico, pero siempre con los riesgos de la distorsión y la simplificación.

México y los mexicanos son dos conceptos que se han construido como una imagen discursiva transmitida al exterior desde los orígenes de la nación. Dentro de esa variedad que conforma a México existen, ciertamente, rasgos de unidad y divergencia. El México que tenemos en el siglo XXI no es una

entidad monolítica, uniforme o indivisible; más bien, una comunidad diversa, multicultural y mestiza, que tiene como rasgo común compartir un espacio geográfico, personajes que la habitan en el tiempo, e historias comunes que expresan el muy discutible concepto de carácter nacional mexicano, como nos recuerda Mauricio Tenorio Trillo: “Los destinos de las diferentes identidades dentro de una imagen nacional se negocian sin cesar en el marco del nacionalismo moderno”.* La imagen nación que proyectamos al mundo es un espacio de conflicto, de contradicciones, de negociación, donde las identidades se redefinen una y otra vez en torno a los poderes que las ocultan o las hacen visibles.

En todo caso, el tema de la imagen de México en el mundo determina una temática contemporánea en las relaciones internacionales de este país. La manera en que nos definimos a nosotros mismos, las estrategias que usamos para representarnos, la forma en que los extranjeros nos miran y la estética discursiva de la que nos apropiamos serán las que darán un registro de nuestras hazañas o nuestras limitaciones en estos campos. Un primer dato es que México ha logrado generar un estilo de su imagen, reconocible en el mundo. Hemos apelado, de manera fundamental, a la tradición, al exotismo y a nuestro deseo de acceder a la modernidad y al progreso. Es claro que en el siglo XXI estas estrategias son insuficientes y necesitan redefinirse de forma más audaz, apelando a la nueva simbología nacional sincronizada con la globalización, pero, a su vez, teniendo en cuenta los riesgos y las amenazas implícitos en esa tarea, en un mundo interconectado, vertiginoso e incontrolable.

* Mauricio Tenorio Trillo, *Artifugio de nación moderna: México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 325.

Contribuciones a este número de la RMPE

Conviene definir con claridad la propuesta de este número temático de la *Revista Mexicana de Política Exterior* (RMPE). El objetivo central es considerar la imagen exterior que México ha construido en años recientes como parte de su política exterior y los retos que el país enfrenta para articular nuevas estrategias, como la diplomacia pública, la marca país o el cosmopolitismo cultural. Para ello, he reunido a un grupo de expertos que se han propuesto pensar, desde sus respectivas especialidades y prácticas, cómo se ve a México en el exterior. Así, desde sus distintos ámbitos, en sus reflexiones nos brindan una perspectiva sobre el poder suave, la imagen país, la cultura y la diplomacia pública.

En una primera instancia, Nicholas J. Cull pone sobre la mesa las maneras contemporáneas de hacer diplomacia pública y, teniendo a México en perspectiva, ofrece un conjunto de acciones que se pueden ensayar para hacer de México un país con una presencia internacional más sólida. Por su parte, Jan Melissen nos permitió tomar un texto que forma parte de un libro especializado en diplomacia pública y aceptó hacer una adaptación para hablar de México, como ilustración a algunas de sus observaciones. El líder mundial en el tema de la marca país, Simon Anholt, hace una reflexión crítica y propositiva sobre la imagen de México en el mundo, poniendo la mirada sobre las dificultades que enfrenta en relación con la construcción de su marca país. Edgardo Bermejo reflexiona acerca de la importancia de la diáspora cultural mexicana como fuente de influencia y poder suave para México, y propone maneras de articular una red externa con estos talentos. Peter Landelius nos presenta una colaboración donde reflexiona sobre el poder suave, sus implicaciones para la diplomacia multilateral y los estilos que observa en América Latina, refiriéndose también

al caso mexicano. Jaime Díaz y Mónica Pérez escriben, en conjunto, un artículo que explica los orígenes del proyecto Marca México como una estrategia institucional del gobierno federal para atajar la información negativa que ha tenido el país en años recientes. Rebecka Villanueva Ulfgard entrevista a Rafael Tovar y de Teresa, y aprovecha el interesante diálogo para indagar sobre las bases culturales de la imagen de México en el exterior, del que se desprenden reflexiones profundas de lo que hemos hecho y la ruta que podríamos seguir. Para terminar, la RMPE cuenta con tres espléndidas reseñas de libros especializados sobre estos temas. Realizadas por Luz Elena Baños, Erika Sánchez y Marina Guajardo, son en sí discusiones sólidas que tienen como punto visible a México.

Referencia al tema en la RMPE

El tema de la imagen de México en el mundo, el poder suave y la diplomacia pública no es del todo nuevo para esta revista. En años recientes en ella se han publicado artículos que hacen referencia, directa o indirectamente, a estos asuntos. En el invierno de 2008 coordiné el número 85 de la RMPE dedicada a las diplomacias pública y cultural, con autores y artículos de magnífica factura, que introducían ya estos debates. El número 89 (marzo-junio de 2010) contiene el artículo de Luz María de la Mora Sánchez, “Retos institucionales para fortalecer el papel de México en la cooperación internacional”, que es, de manera indirecta, una forma de proyectar una imagen al exterior en el campo de la cooperación, como uno de los pilares que ha tenido la política exterior de México. En ese mismo número, en la sección de Testimonios, hay una conferencia del embajador Juan José Bremer, en la que dedica una sección a hablar de la imagen de México en el mundo. En el número 92 (marzo-junio de

2011), Gabriel Terrés C. presenta “Diplomacia pública 2.0: una propuesta virtual para un mundo real”, en el que trata la importancia de las herramientas más actuales de la diplomacia digital enfocadas al trabajo con redes sociales, la ciberdiplomacia y la comunicación acelerada. El número 93 (julio-octubre de 2011) es de particular utilidad para el tema del presente número: Guadalupe González y Jorge Schiavon coordinan a un conjunto de autores que explican cómo la opinión pública de los países de América Latina observa su entorno y al mundo en general. Los datos que nos presentan los diversos artículos resultan muy reveladores, pues nos permiten constatar que hay variables sociales y culturales que moldean una percepción del otro y de los otros, como rasgos de distinción identitaria y que se vuelven aspectos relevantes de la construcción de imaginarios nacionales en América Latina. El artículo de Gerardo Maldonado y David Crow, en específico, hace un balance de la manera en que los latinoamericanos vemos al mundo y construimos actitudes y opiniones. Finalmente, el número 95 de la RMPE (marzo-junio de 2012) presenta el artículo “Los diplomáticos de la era digital”, de Martha Cecilia Amero Coutigno y María Victoria Romero Caballero, donde las autoras hacen un análisis meticuloso sobre los formidables retos a los que la diplomacia actual se enfrenta por adquirir un alfabetismo digital que permita hacer el trabajo de comunicación más eficiente.

Agradecimientos

Hace un par de años, en 2010, tuve el honor de ser invitado por la embajadora Lourdes Aranda a participar como ponente en la 21 Reunión Anual de Embajadores y Cónsules de México y hablar del tema que nos ocupa en esta RMPE. En esa misma

reunión, participaron dos de los articulistas invitados aquí, Nicholas J. Cull y Simon Anholt, quienes brindaron asesoría y estrategias para entender mejor estos asuntos dentro de la diplomacia mexicana. Como se ve, el tema ya ha estado presente en la Cancillería por algunos años, lo cual es reconfortante, dado que es allí donde estos temas pueden prosperar, en un futuro, de manera más firme.

En primer lugar quiero agradecer a la Secretaría de Relaciones Exteriores, a la embajadora Patricia Espinosa, y muy en especial al embajador Pablo Macedo, director general del Instituto Matías Romero, por haberme acercado, una vez más, a esta honrosa labor de coordinar un número temático de la *Revista Mexicana de Política Exterior*. El consejero Cuauhtémoc Villamar fue una figura clave por el interés que mostró por darle seguimiento a estos temas y realizar las consultas y gestiones administrativas necesarias para publicar este número temático. La ministra Rosario Molinero ha tenido la atención de dar seguimiento a este número y me ha brindado todas las facilidades para completar esta misión. Todos los colaboradores tienen mi admiración por haberse sometido, en el ejercicio de su libertad plena, a la dictadura editorial del coordinador, quien les pidió metas imposibles en tiempos muy limitados. He intentado conjuntar voces diversas con miradas plurales sobre el tema en cuestión. Sus reflexiones tienen la intención de otorgar su versión de los hechos, muy en especial a quienes en puestos públicos han desarrollado responsabilidades relacionadas con la imagen de México en el mundo. A la consejera Luz Elena Baños y al embajador Rafael Tovar y de Teresa, mis agradecimientos por su generosa contribución a este proyecto, al que enriquecen por su enorme conocimiento, desde adentro, de los alcances y límites de la diplomacia mexicana. Sin un orden específico, reconozco en mis colegas y compañeros su talento y generosidad hacia este trabajo: Jan Melissen, Simon

Anholt, Nicholas J. Cull, Rebecka Villanueva Ulfgard, Peter Landelius, Edgardo Bermejo, Jaime Díaz, Mónica Pérez, Erika Sánchez y Marina Guajardo.

Quienes conocemos el profesionalismo de Constanza García Colomé, directora de Cuidado Editorial y su equipo de colaboradores del IMR, sabemos que la RMPE no puede estar en mejores manos. Mi gratitud a la Universidad Iberoamericana por todas las facilidades brindadas y en particular al apoyo de mis colegas del Departamento de Estudios Internacionales, en especial al doctor Thomas Legler, la doctora Laura Zamudio y la licenciada Maricarmen Lara Oliver. Finalmente, agradezco al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) por el apoyo en la financiación de un proyecto sobre la imagen de México en el mundo que recién inicia con este número de la RMPE.